

843
91



PA 2225
B68
S6

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA BOLA DE NIEVE

I

Cuarenta grados de calor á la sombra

La voz triste y sonora del muezín resonaba cual el cántico de muerte de esplendoroso día de mayo que acababa de volar á la eternidad.

—Por Alá, que en Derbend aprieta el calor. Súbete á la azotea, Casima, y observa de qué modo se pone el sol detrás de la montaña. ¿Está encendido el occidente? ¿Hay nubes en el cielo?

—No, tío, el occidente está azul como los ojos de Kitchina; el sol descende en todo su esplendor; parece una rosa de fuego sobre el pecho de la tarde, y la última mirada que dirige á la tierra no tiene el trabajo de atravesar la más ligera niebla.

La noche ha abierto su estrellado abanico; ha venido la obscuridad.

—Súbete á la azotea, Casima, dijo la misma voz, y mira si de los cuernos de la luna cae el rocío, ó si

ésta se esconde en el arco iris nocturno como una perla en su brillante concha.

—No, tío; la luna navega por un océano de azur y vierte en el mar sus saetas de fuego. Las azoteas están secas como las estepas del Mogán, y los escorpiones retozan en ellas.

—Esto significa que mañana el calor arreciará tanto como hoy, dijo el anciano dando un suspiro. Lo mejor que podemos hacer, Casima, es dormir.

Y el anciano se durmió pensando en sus riquezas; y su sobrina se durmió también soñando en lo que sueña una doncella de diez y seis años, sea cual fuere la nación á que pertenezca: en el amor; y la ciudad se durmió soñando en que Alejandro Magno fué quien mandó construir la muralla del Cáucaso y forjar la puerta de hierro de Derbend.

A media noche todo dormía.

Solamente se oía, en medio del silencio universal, la voz de los centinelas que se gritaban unos á otros: *Sluchay* (escucha), y el mar Caspio, que gimiendo venía á besar con sus húmedos labios su abrasada y arenosa playa.

No parecía sino que las almas de los difuntos estuviesen platicando con la eternidad, y esta probabilidad era tanto más sorprendente, cuanto nada existe tan parecido á un inmenso cementerio como la ciudad de Derbend.

Mucho antes de levantarse la aurora, la superficie del mar parecía envuelta en llamas. Las golondrinas, despertadas antes que el mollah, el ruido de cuyos pasos las hizo volar poco después, cantaban en la mezquita.

El mollah dió la vuelta á la cúpula apoyando la cabeza en la mano y gritando con modulaciones que daban á sus palabras la apariencia, sino la realidad, de un canto:

—Despertaos y levantaos, musulmanes; la oración es más provechosa que el sueño.

A la voz del mollah respondió otra voz que decía:

—Súbete á la azotea, Casima, y mira si de las montañas del Lesghistán bajan nieblas y si el mar se obscurece.

—No, tío; las montañas parecen vestidas de oro puro, el mar reluce como un espejo, y la bandera de la fortaleza de Nasincalc cae á lo largo de su asta como un velo en torno del cuerpo de una doncella. El mar está tranquilo; ni el más leve soplo de viento levanta un grano de polvo en el camino: todo está sosegado en la tierra, todo está puro en el cielo.

El anciano tío, cuyo semblante se cubrió de tristeza, se subió á la azotea, extendió la alfombra que llevaba sobarcada, se arrodilló, y una vez hubo rezado su oración cotidiana, exclamó con arranque del corazón y tendiendo una mirada afligida en torno suyo:

—*Bismillahir rahmanir rahim!*

Que quiere decir:

—¡Resuene mi palabra en nombre del Dios santo y caritativo!

Luego continuó diciendo en távaro lo que nosotros vamos á decir en castellano, á pique de quitar á la oración del tío de Casima el carácter metafórico y poético que le daba la lengua del Turquestán.

—Nubes de la primavera, hijos de nuestro mundo, ¿por qué os detenéis en la cima de los peñascos? ¿por qué os ocultáis en las cavernas cual bandidos lesghianos? Os gusta vagar por la montaña y dormir en las cumbres nevadas ó graníticas. Enhorabuena; ¿pero no podriais recrearos, caprichosos hijos del aire, en algo que no fuese chupar toda la humedad de nuestros prados, para verterla en bosques impenetrables para el hombre, bosques que no dejan bajar á nuestros valles sino cataratas de guijarros que parecen los huesos desecados de vuestras víctimas? Ved los millares de bocas que abre nuestro desventurado suelo, que abrasado de sed implora un poco de

lluvia. Ved cómo tiemblan las espigas; cómo se rompen tan pronto una mariposa comete la imprudencia de posarse en ellas; cómo levantan la cabeza, esperando sorber un poco de humedad, y cómo les ofenden los rayos del sol que las devoran como las devoraría una llama. Los pozos están secos; las flores han perdido sus aromas; las hojas de los árboles se marchitan y se caen; la hierba humea, la rubia está perdida, los grillos enronquecen, las cigarras están en el estertor de la agonía, los búfalos se baten por un hilo de lodo, y los muchachos disputan por algunas gotas de agua. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿qué va á ser de nosotros? La sequía es la madre del hambre; el hambre la madre de la peste, y la peste la hermana del latrocinio. ¡Oh viento fresco de las montañas! tráenos en tus alas la bendición de Alá. Nubes, pechos de la vida, verted sobre la tierra la leche del cielo. Trocaos en tempestades si queréis, pero refrescad el suelo. Fulminad rayos contra los pecadores si así os place, pero dad de beber al inocente. Nubes plomizas, alas de los ángeles, traednos el frescor; venid, llegad, volad; apresuraos, y bienvenidas seréis.

Pero por más que ruege y suplique el anciano tártaro, las nubes permanecen invisibles. Hace calor, bochorno, y los habitantes de Derbend están si van no van á buscar un poco de frescor en sus hornos.

Y nótese que corría el mes de mayo, esto es, el mes en que San Petersburgo oye grandes crugidos hacia el nordeste, producidos por el hielo del Ladoga que, al romperse, amenaza llevarse los puentes del Neva; en que los habitantes de la capital de las Rusias se constipan al atravesar la plaza de Isaac; en que éstos se ganan fluxiones de pecho al doblar la esquina del palacio de Mármol, y en que unos á otros se gritan desde Smolnoi al muelle inglés:

—¿Sale V? No se olvide de sus abrigos de pieles. En San Petersburgo pensaban en la primavera,

que tal vez iba á llegar; en Derbend, en la siega á que se preparaban.

Hacia cinco semanas que no había caído una gota de agua en el Daghestán del Sur, y hubiera hecho cuarenta grados de calor á la sombra si la hubiese habido en Derbend. Lo que hay de positivo es que hacia cincuenta y dos grados de calor al sol.

La sequía en Oriente asume un carácter espantoso, abrasa los campos y priva del alimento á todo lo que vive: al pájaro en el aire, al ganado en los campos y al hombre en las ciudades. En una tierra donde el transporte del trigo es siempre dificultoso y á menudo imposible, la sequía es indefectiblemente la precursora del hambre. Un asiático vive para el día, no se acuerda del ayer ni se preocupa con el mañana; y vive de esta suerte, porque la pereza y el *farniente* son sus goces más agradables. Sin embargo, cuando no halla José que le explique la parábola de las siete vacas flacas; cuando la desgracia cae de improviso sobre su cabeza bajo la horrorosa representación del hambre; cuando el *mañana* se convierte en *hoy*, empieza á quejarse de que no le proporcionan los medios de vivir. En lugar de buscarlos, se irrita, y cuando es menester obrar, el temor le hace ver el peligro más grande de lo que realmente es, así como el no creer en él hacia que no lo considerase en su desnudez toda.

Esto expuesto, puede el lector formarse idea del pánico que reinaba en Derbend, ciudad completamente tártara, y por consiguiente del todo asiática, cuando aquel calor senegaliano empezó á desvanecer las esperanzas de los comerciantes y de los labradores.

Si vale decir la verdad, existían entonces en el Daghestán muchas causas de temor: se encontraba éste en los buenos tiempos del murida Casi Mollah, padre adoptivo de Schamyl; los habitantes se habían sublevado, y á consecuencia de ello sembrábase en

los campos más balas que no granos de trigo; en vez de labrar la tierra, el caballo la había pataleado; el incendio abrasara las casas, de las que el sol no hacía sino calentar las ruinas, y los montañeses, lejos de ocuparse en las siegas, cabalgaban á la sombra de la bandera de Casi-Mollah, ó se escondían en las cavernas ó en los bosques, para escapar de los rusos, ó más bien para precipitarse sobre su retaguardia cuando éstos menos pensaban.

No se necesitaba ser muy lince para predecir que la consecuencia de semejante estado de cosas era el hambre. No se había efectuado la siembra, y por ende faltaba la cosecha. Todo cuanto se salvara de la guerra, vajillas de plata, armas de lujo, ricos tapices, etc., se vendía á cualquier precio en el bazar. Por un costal de harina se hubiera adquirido el más hermoso collar de perlas de Derbend.

Aquellos que carecían de vajillas, armas, tapices ó perlas, echaban mano de sus ganados y se comían lo que dejaran los amigos y los enemigos, ó si decimos rusos y montañeses. Los pobres empezaban á bajar de las montañas y á pedir limosna en la ciudad, ínterin llegaba la hora de que en lugar de pedir, tomasen.

Voluntariamente ó por fuerza los ricos habían ayudado á los pobres, y gracias á esta ayuda anclaron en Astracán algunos buques cargados de harina, con lo que el pueblo quedó apaciguado por algún tiempo.

La nueva cosecha podía aún componerlo todo; y era tal la confianza que en ella tenían los vecinos de Derbend, que á la llegada de la festividad del Khatil la habían celebrado con la alegría infantil de los orientales.

El Khatil es un recuerdo religioso de la muerte de Schah-Huseín, el primer califa, mártir de la secta de Ali.

Gracias á dicha festividad, única distracción del

pueblo durante todo el año, los derbenianos se habían ido olvidando poco á poco de la cosecha y del calor, ó más bien, no se habían olvidado de la una ni del otro, sino sencillamente dado gracias á Alá por no haber la lluvia contrariado sus diversiones. Sin embargo, cuando una vez terminadas las fiestas se encontraron frente á frente de la realidad, y se despertaron con la boca seca, y vieron sus campos agostados por el sol, perdieron la cabeza.

Era de ver entonces el mover de las barbas negras ó rojas, era de oír el ruido que producían los rosarios al pasar entre los dedos.

Todas las caras se alargaron, y no se oyeron ya sino murmullos.

Efectivamente, nada tenía de alegre el perder una cosecha y pagar la harina á dos rublos el celemín, sin saber á qué precio costaría más adelante.

Los pobres temían por su existencia y los ricos por su dinero, y á esta sola idea los bolsillos se cerraban y se encogían los estómagos.

Entonces los musulmanes se fueron á orar á la mezquita; pero no llovió. Luego oraron en los campos, en la creencia de que al aire libre tenían dos probabilidades de éxito en vez de una: la de ser vistos y la de ser oídos; mas tampoco cayó una gota de agua.

No les quedaba sino un recurso: acudir á sus magos.

Primeramente los muchachos tendieron sus pañuelos en medio de las calles y recogieron las monedas que las gentes arrojaron en ellos; luego compraron cirios y agua de rosas, después ataron unas ramas de árbol al cuerpo del muchacho más hermoso, y en adornándole de flores y cubierto de cintas, recorrieron con él procesionalmente las calles, cantando versos á Guld, dios de la lluvia.

El himno terminaba en una estrofa de gracias.

No había quien no estuviese convencido de que

Gudul escucharía las súplicas de sus adoradores.

Por espacio de tres días los muchachos cantaron á voz en cuello la siguiente deprecación, que traducimos sin pretensión de verter sino el sentido:

«Ha pasado ya la sequía, ¡oh Gudul! dios de la lluvia; á tu voz el agua baja del cielo. Ea, hermosa mía, vé á la fuente, y trae llena tu jarra aunque debas doblegarte bajo su peso.»

Toda la juventud de Derbend bailaba alrededor del tátaro adornado de cintas y coronas de flores, tan seguros de que iba á llover, que, como hemos visto, ya enviaban las doncellas á la fuente.

Y en efecto, las nubes se amontonaron en el cielo, el sol se obscureció, y la ciudad tomó el aspecto de tristeza que comunica á la tierra un tiempo tempestuoso; pero cuanto más tétrico se ponía el cielo, más aumentaba la alegría de los debernianos; los cuales, al ver caer algunas gotas, gritaron con todos sus pulmones:

—¡Secur Alá!

Fero su alegría fué de corta duración: el viento sopló del lado de Persia, tan cálido como si saliese de un horno encendido, llevándose consigo hasta la última nubecilla, que fué á disolverse en nieve sobre San Petersburgo.

El sol brilló más ardiente; á los rayos de éste crujieron las espigas; las flores doblaron su corola, y los más rendidos fieles empezaron á dudar, no del poder de Mahoma, sino del de Gudul.

Amaneció un nuevo día: el sol siguió su inflamado camino, luego fué á ponerse allende la montaña, como en la abrasada arena del desierto se deja caer un viajero rendido de fatiga.

En dicho día y en la mañana que le siguió fué cuando la hermosa Casima y su tío sostuvieron los dos diálogos con que empieza este capítulo.

El anciano tátaro había entonces dirigido á las nubes la oración que hemos ensayado traducir; pero no

obstante el fervor de ella, el día pasó, como el precedente, sin una gota de lluvia.

Entonces fué cuando el gobernador de Derbend hizo constar que el termómetro marcaba cuarenta y dos grados en la sombra y cincuenta y dos al sol.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 8625 MONTERREY, MEXICO

II

Un santo musulmán

A ti, oh viajero, sea cual fuere la tierra en que haya nacido, procedas del Mediodía, del Norte, del Oriente ó del Occidente, te ruego que cuando pases por Derbend visites su mezquita principal.

Si así no lo haces, habrás estado en Roma sin haber visto al papa, como dicen los católicos.

¿Qué podrías contar de Derbend si no hubieses visto la gran mezquita?

Ahora si la has visitado, ya es distinto.

—La gran mezquita, dirás haciendo rechinar tu tabaquera si eres lo que se apellida un sabio, ó sacudiendo la ceniza de un cigarro si eres sencillamente fumador, en otro tiempo era una iglesia cristiana...

Prosigue resueltamente; yo asumo toda lo responsabilidad de lo que digas.

—Es una iglesia, ó más bien, era una iglesia cris-

tiana, porque su fachada está contra Oriente, en tanto que las mezquitas musulmanas del Oriente del Norte deben estar de cara al sudeste, como dicen los marinos, para mirar las dos ciudades santas: la Meca, donde nació Mahoma, y Medina, donde éste fué enterrado.

Esto te da desde luego un barniz científico que te hace crecer un codo.

Prosigue.

—Al entrar en la mezquita se descubre un gran patio sembrado por magníficos plátanos, con un pozo en el centro, y tres puertas, abiertas siempre, llaman, simbólica y materialmente, á los musulmanes á la oración.

Un versículo del Corán atrae la mirada á lo alto de la puerta principal. Entrad, pero antes quitaos las babuchas y desechad los recuerdos terrenos. No llevéis á la casa de Alá el barro de la calle ni el del pensamiento. Arrodiadlos y dirigidle vuestra oración; no contéis vuestras rentas, pero sí vuestros pecados. *¡La ilá il Alá! ¡Mohammed rasul Alá!* es decir: «Sólo Dios es Dios y Mahoma su profeta».

Luego toses y haces una pausa: ello vale la pena; pasas plaza de hablar el turco.

—Los musulmanes, continúas, rezan muy despacio, permanecen de rodillas, ó se tienden sobre la alfombra, según pasen de la adoración al éxtasis; entonces, y sobre todo en el último caso, nada es parte á desviar su atención.

Al llegar aquí, tu recuerdo de narrador se remonta á lo pasado, y exclamas:

—¿Dónde estáis, cristianos constructores de este templo? ¿se acuerdan todavía de vosotros fuera del cielo? Os han echado al olvido, aun en la historia de Derbend, y los versículos del Corán zumban hoy donde en otros tiempos resonaban los himnos del rey profeta.

Ahora que has dado fin á tu narración y has ad-

quirido derecho al título de miembro corresponsal de la sección de inscripciones y bellas letras de la Academia francesa, la más sabia, como nadie ignora, de todas las academias, anudo el hilo de mi historia; porque hay que saber que esta es una historia verídica en todas sus partes.

Como decia, pues, anudo el hilo de mi historia.

Para los musulmanes, sea cual fuere la región á que pertenezcan, y en particular para los musulmanes del Daghestán, el punto habitual de reunión es el patio de la mezquita. En él es donde se reúnen los mercaderes para hablar de sus negocios, y los jefes tátares de sus asuntos políticos. A los primeros les guía un solo fin, el de engañar á sus parroquianos; á los segundos no les alienta más que una esperanza, la de librarse de su señor. Los unos han hecho á Alá el juramento de ser honrados; los otros han prestado juramento de fidelidad al emperador. Pero en Asia, dicho sea para admiración de nuestros funcionarios públicos, jueces, senadores, etc., el juramento es mirado como una pura formalidad sin trascendencias que á nada compromete.

¿Acaso los asiáticos, á quienes creemos menos civilizados que nosotros, se nos adelantarán en este concepto?

Muy humillante fuera para nosotros; en semejante caso menester sería que nos apresurásemos á alcanzarlos.

Ya comprenderá el lector que en aquellos bochornosos días que hemos ensayado describir, el patio de la mezquita, único sitio en que había árboles, y por consiguiente, sombra, y por consiguiente también, donde el calor sólo llegaba á cuarenta y dos grados, estaba lleno de bote en bote. Los efendis de plateadas barbas y los mufties barbitaheños, hablaban en medio de sendos corros, los cuales eran más ó menos grandes según la elocuencia del que les dirigía la palabra; pero ni la ciencia de los unos ni la santidad de los

otros hacían sudar al cielo la más pequeña gota de agua, y las barbas de todas longitudes y de todos colores carecían de poder bastante para inventar un equivalente. Hablóse mucho, discutióse más todavía; pero á la postre discursos y discusiones terminaron con esta palabra:

—*¿Nedjeleikh?* (¿Qué hacer?)

Todos encogieron los hombros hasta las orejas y levantaron las cejas hasta el turbante, y los rumores diversos se fundieron en un grito único:

—*¡Amani! ¡amani!* (¡Sálvanos! ¡sálvanos!)

Por último tomó la palabra un príncipe, que, además de tal, era santo; cosas ambas que antaño se vieron en Rusia y en Francia, pero que ogaño no se ven sino en Oriente.

Verdad es que la santidad de dicho individuo, al igual que su principado, le venía por herencia; era pariente en grado sesenta y dos de Mahoma, y todos los parientes de Mahoma, sea cual fuere el grado á que pertenezcan, ya es sabido que son santos.

El mencionado príncipe enardecíó su elocuencia con el humo de su kabam, ó pipa, y su palabra de oro se abrió paso al través del humo del tabaco turco.

—*¡Amani! ¡amani!* clamáis á Alá. ¿Y vosotros suponéis que Alá sea tan necio que os perdone por esta sola palabra y crea en vuestro arrepentimiento sin más prueba? ¡No! no se besa impunemente el Corán con los labios todavía pringosos de carne de puerco; no engañáis á Dios con adulaciones y lamentos. Dios no es un gobernador ruso; os conoce de larga fecha, Vuestros corazones están más llenos de manchas que el libro donde el ángel Djebrael apunta las faltas de los hombres no está cubierto de pecados. No creáis que en un daga las pajas vais á limpiar vuestras almas por medio del ayuno y la oración. Dios, que ve vuestro reflejo de día en el sol, y de noche en las estrellas, y conoce uno á uno vuestros pensamientos y los latidos de vuestros corazones, sabe que entráis en las

boticas, donde, so pretexto de comprar bálsamo, os hacéis servir aguardiente con rótulo supuesto; pero á Dios no se le burla con semejantes añagazas. Mahoma dijo: «Aquel que en este mundo ha bebido vino de la viña, no beberá en el otro el vino de fruición.» ¡No! no tendréis lluvia para vuestras cosechas, pues al apurar la paciencia del Señor habéis secado el manantial de las aguas del cielo. Alá es grande, y vosotros mismos sois los artífices de la lacería en que os veis hundidos.

El orador se calló, levantó los ojos al cielo, se apuñó la roja barba, y quedó en actitud de otro Júpiter pronto á soltar de su omnipotente mano un haz de rayos.

Hay que decir la verdad, Mir Hadji Festahli Ismael Oglí era un sabio eminente. En cuanto empezó á hablar, no pareció sino que se oía murmurar á un arroyo ó cantar á un ruisenior. Cada una de sus palabras producía á los asistentes el efecto de una pastilla fusible, y en todo el Daghestán no había un efendi que comprendiese la mitad de lo que aquel varón ilustre decía. El intérprete mismo del gobernador de Derbend, Mirsa Ali, que se tragara, digiriera y restituyera comentados todos los poetas del Farsistán, después de haber hablado con él por espacio de dos horas, había concluido por decir:

—No comprendo pizca.

Lo que en lengua tágara equivale á la siguiente locución rusa, y á mi entender también un si es no es francesa: «El demonio que lo entienda».

Esta vez nuestro orador se había tomado la molestia de ser explícito; de modo que todos le comprendieron, como convenia en tan grave coyuntura; así es que su discurso produjo grande efecto. Sus oyentes le rodearon con respeto y temor, y acá y allá no se oía sino murmurar estas palabras: «Tiene razón, ha dicho verdad;» y todos, como abejas, le regalaban con la miel de sus alabanzas.

Entonces, dirigiéndose de nuevo á sus oyentes con la confianza que le inspiraba su primer triunfo, el orador continuó:

—Escuchad, hermanos, todos somos culpados á los ojos de Alá, y yo el primero: nuestras faltas han llegado hasta el tercer cielo; pero por fortuna hay siete y nos quedan todavía cuatro, donde se ha refugiado la misericordia de Dios, de Dios que si castiga á una á inocentes y á culpados, en ocasiones, por intermediación de un solo santo, salva un pueblo entero. Pues bien, voy á hacer os una proposición. ¿La aceptaréis? lo ignoro; pero por lo que pudiera suceder, hela ahí: no es esta la primera vez que el Daghestán pide agua; nuestros padres y nuestros abuelos, que eran más avisados que nosotros, en parecidas circunstancias acostumbraban á escoger entre la juventud musulmana á un mozo puro de alma y cuerpo, y le enviaban, acompañado de las oraciones y las bendiciones de todos, á la cumbre de la montaña más cercana á Alá, por ejemplo, á la cima de la montaña Chakh-Dague. En ella debía el mozo orar con fervor, como quien suplica para un pueblo entero, hacer una bola del grosor de la cabeza, con nieve inmaculada, encerrarla en un vaso, y sin que tocase en el suelo traerla á Derbend, y, derretida, verterla en el mar. ¡Dios es grande! apenas el agua de la nieve del Chakh-Dague se mezclaba con el agua del mar Caspio, cuando las nubes se amontonaban encima del sitio donde se operara la mezcla y enviaban una abundante lluvia que devolvía la vida á la enjuta tierra.

—¡Es verdad! ¡es verdad! gritaron todos.

—Esto se lo oí contar á mi padre, dijo uno.

—Y yo á mi abuelo, dijo otro.

—Y yo lo he visto, añadió acercándose un anciano de nevada barba, sólo las puntas de la cual estaban teñidas de rojo.

La muchedumbre le abrió paso y prestó oído atento.

—Mi hermano fué á quien le cupo ir por la bola de nieve, continuó el anciano; y el milagro se obró, y las aguas del Caspio se volvieron dulces como la leche, y tamañas como rublos de plata fueron las gotas de lluvia que cayeron. No existe recuerdo de otra cosecha tan abundante como la de aquel año.

El anciano se calló.

Y cuantos le escucharon prorrumpieron en murmullos de admiración.

—¡Es menester que sin perder instante escojamos el mensajero y le enviemos al Chakh-Dague! prosiguió el anciano.

—¡Al Chakh-Dague! ¡al Chakh-Dague! gritaron todos.

Palabras que, cual por conducto de inflamado reguero de pólvora, se difundieron por Derbend, cuyos habitantes gritaron al unísono, como convertidos en eco de la mezquita:

—¡Al Chakh-Dague! ¡al Chakh-Dague!

Estaba descubierta la llave del enigma: por fin se sabía el medio de tener lluvia segura. Todo bicho viviente brincaba de contento y aullaba de alegría.

Los ricos, sobre todo, parecían reventar de satisfacción al ver que se había hallado un medio que no costaba un copec.

Nadie como ellos para apreciar la economía.

—Van á escoger entre nosotros, decían con orgullo los mozos; de uno de nosotros es de quien depende la suerte del Daghestán.

Pero ¿dónde hallar un mozo puro de alma y de cuerpo? Si en todos los pueblos es tarea difícil, nada digo tratándose del asiático.

Al reflexionar en ello, los habitantes de Derbend se encontraron en grave apuro, y calmóse la efervescencia de la primera alegría.

En efecto, ¿dónde hallar un joven inocente que todavía no conociese el sabor del vino ni la dulcedumbre del beso?

Empezaron, pues, todos á hablar seriamente del asunto y á designar á éste y á aquél; pero el uno era excesivamente joven, el otro demasiado experimentado; el primero no tenía aún bigotes, el segundo los llevaba sobrado largos. Había para perder la chaveta.

Lo que acabamos de decir no favorece mucho á los habitantes de Derbend; pero repito que esta es una historia, y por lo tanto antepongo la verdad á todo.

Como fuese una novela, ya hubiera hallado yo á mi héroe.

—Sofarculi es el que nos conviene, decía uno; es tímido como una doncella.

Verdaderamente el mozo ese era tan encogido, que temeroso de no se sabe qué, le habían visto, tres días antes, al rayar el alba, saltar de la azotea de su vecina á la calle, meterse corriendo en su casa y cerrar con dos vueltas de llave la puerta.

—O Murat-Annet, dijo otro; vive tranquilo y solitario como una azucena.

Pero no faltó quien afirmara que todavía no hacía un mes había hecho una visita al farmacéutico, y, de regreso en su casa, en la que entrara con una botella de bálsamo en cada mano, el lirio immaculado había cantado canciones que los diablos mismos se hubieran tabicado las orejas para no oirlas.

Todavía quedaba Mohamed-Rasul, de quien en verdad nadie podía decir mal, aunque sí pensarlo, pues tenía en su casa una hermosa lesghiana á quien comprara al padre de la misma en veintinueve rublos y no quiso luego cederla por cien. Rasul no dejaba de ser hombre, y, como dicen muy bien, hasta los sablès de acero á las veces se toman de orin.

En vano buscaron: de éste hablaban demasiado los demás; aquél hablaba demasiado de sí mismo.

La melancolía empezó á apoderarse de los habitantes de Derbend, y en las circunstancias aflictivas en que éstos se encontraban, de la melancolía á la desesperación no hay sino un paso.

—¿Qué os parece Iscánder-Beg? preguntó una voz.

—¡Bravo! tiene razón, sí, sí. Iscánder-Beg. Parece increíble, no se comprende cómo nos hayamos olvidado de él; es lo mismo que no reparar una rosa en un ramo de flores, una granada en una fuente de frutas. ¡Válganos Alá! el calor nos ha enjugado los sesos.

—Gracias á Alá hemos hallado el hombre que necesitamos, dijo otra voz. Llamad á Iscánder-Beg.

—¡Llamemos é Iscánder-Beg! gritó la muchedumbre. ¡Iscánder-Beg! ¡Iscánder-Beg! ¿dónde estás?

—Ahora sí que estamos salvados, decían en todas partes. ¡Oh querido, honrado, excelente Iscánder-Beg! La verdad es que apenas come ni bebe, y no se trata con los ghiaures (1). No hay recuerdo de que se le haya visto una sola vez en el jardín. ¿Quién le ha visto mirar á una mujer? ¿Vos?

—Yo no.

—¿Y vos?

—Tampoco. Vive solo como la luna.

—Pero ¿qué hacemos? dijo una voz; corred á casa de Iscánder-Beg.

—Poco á poco, no se va así como se quiere á casa de Iscánder-Beg.

—¿Por qué?

—Porque es tan grave, que uno no sabe cómo acercársele; tan orgulloso, que no hay quien le hable sino para responder; tan silencioso, que no parece sino que cada palabra le cuesta un rublo. ¿Quién de vosotros le ha visto reir alguna vez?

—Yo no.

—Yo tampoco.

—Ni yo. Para ir á su casa es menester mirarse en ello.

(1) Adoradores del becerro de oro de quienes habla con desprecio el Corán.

—Sólo hay un hombre que pueda correr semejante riesgo, dijo una voz

Y los demás respondieron:

—Ese hombre es Mir Hadji Festahli Ismael Oglí.

Era muy justo que el que diera el consejo acabase la obra por él comenzada.

—Vé, Hadji Festali, vé, gritaron los asistentes, á rogar á Iscánder en nombre de todos, y logra eso de él, que no te será difícil, atendido lo elocuente que eres.

A Hadji Festahli no le envaneció la honra que le dispensaban; pero por fin consintió en encargarse de la comisión, y partió acompañado de dos begs designados por la multitud; el corpulento Husein y el ahilado Fersali.

—¡Ahl dijo el pueblo, todo va viento en popa.

—Ahora estoy tranquilo, dijo una voz; para mí es lo mismo que si Iscánder hubiese aceptado.

—Si Festahli quiere, añadió otra voz, logrará cuanto desee.

—Conseguiría la mitad de la barba de un pobre.

—Es más astuto que el diablo.

—¡Vaya un hombre respetable!

—¡Y talentoso!

—Haría danzar una serpiente sobre la punta de la cola.

—¡Y qué elocuencia la suya! cuando habla no vierten palabras sus labios...

—Sino flores.

—Ni le queda á uno tiempo de recogerlas con los oídos.

—Si uno se condenaría para dejarse engañar por él.

—Lo único que hay es que no hubiera podido mandarse á él por la bola de nieve.

—No es bastante casto para eso.

—Ni bastante sobrio.

—Ni bastante honrado.

—Ni bastante...

Permitásenos que aquí pongamos punto á los elogios dirigidos á Mir Hadji Festahli; que no pertenecemos á aquellos que después de haber lavado con aguas de rosas los ojos á un hombre—como dicen los tártaros,—mientras se los enjugan le dan á comer un alacrán en vez de una cereza, ó le hacen aspirar una flor de acónito en lugar de una rama de jazmín.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

III

Iscánder-Beg

El respetable Hadji Festahli marchaba lentamente subiendo la escalera de calles que conduce á la parte alta de la ciudad, donde estaba situada la casa de Iscánder-Beg, y de tiempo en tiempo se veía obligado á pasar por calles tan sumamente angostas, que sus dos compañeros, Huseín y Fersali, los cuales en las calles por las que podía transitarse de tres en frente marchaban á su lado, entonces se veían en la necesidad de colocarse á su espalda formando una sola línea, humillación á la que se apresuraban á sustraerse tan pronto la calle permitía el paso de tres en fondo. A las veces, ya el uno ya el otro ensayaba entablar conversación con el Hadji; pero de tal suerte estaba preocupado éste, que no oía ni respondía; y aun su distracción era tan profunda que no reparaba que al escupir á derecha ó á izquierda, lo hacía ora sobre la

negra barba de Husein, ya sobre la roja barba de Fersali; llegando á tal extremo la distracción, que los dos compañeros empezaron á amoscarse.

—¡Vaya un hombre singular! dijo Husein; en vez de contestar, escupe.

—¡Cómo no se le llena de lodo el gznatel exclamó Fersali enjugándose la barba. Husein, mucha razón tiene el proverbio que dice: «Si el amo se encuentra en casa, basta con nombrarle para que nos abra la puerta; pero si está ausente, nada se alcanza aun cuando se la derribe.» Inútil es que le dirijamos nuevamente la palabra: su espíritu vaga por otras regiones; la casa está vacía.

Fersali de la barba color de rosa, como le apellidaban en Derbend, porque en vez de emplear las substancias en uso entre los tártaros para teñirse la barba —substancias la primera de las cuales tiñe de dicho color la barba, y la segunda la tiñe de negro;—Fersali, que sólo se servía de la primera, y por ende, conservaba la barba del color de la aurora en el instante de aparecer en el horizonte, se engañaba: la casa no estaba vacía, antes al contrario, tan llena de sus propios pensamientos, y estos pensamientos, entrechocándose, movían tanto ruido, que Hadji Festahli, no pudiendo siquiera oír la voz de su mismo espíritu, no podía oír la de los demás.

Ahí lo que á Festahli le decían sus pensamientos: «Vé con cuidado, cada paso que das hacia la vivienda de Iscánder te aproxima á un peligro. Recuerda cuán gravemente le has ofendido. ¡Cuidado, Hadji Festahli, cuidado!

¿Qué había pasado, pues, entre Festahli é Iscánder-Beg?

Véase:

Iscánder nació en Derbend cuando á la ciudad la dominaban ya los rusos, los cuales tomaron posesión de ella en 1795; pero su padre, que había sido el amigo íntimo del último khan, arrojado de sus Estados por

el ejército de Catalina, y en 1826 sucumbió de pesar al ver que los persas, á quienes aguardaba en Derbend, habían sido rechazados de Kuba, hasta donde avanzaran, al morir recomendó á su hijo, entonces de edad quince años, que nunca sirviera á los rusos ni contrajera amistades con los habitantes de Derbend, que habían arrojado á los persas.

El padre de Iscánder murió; pero sus creencias, sus hábitos y sus opiniones revivían en su hijo, y las ideas, pensamientos y deseos de éste eran la antítesis de los que sustentaban los vecinos de Derbend. Un puñado de arroz, un vaso de agua, un poco de lumbré, mucho aire; ahí cuanto necesitaba el joven Iscánder-Beg.

En la primavera, cuando el mundo entero se despertaba al soplo del amor y de la poesía, él ensillaba su buen caballo del Carabach, se echaba al hombro su hermosa escopeta de Hadji-Mustaf, el armero más célebre del Daghestán, tomaba sobre su pulgar su atrevido halcón dorado, y por montañas y valles se entregaba á la caza del faisán, hasta que se caía de fatiga, si es que puede darla el saciarse de una pasión. Entonces echaba pie á tierra, dejaba en libertad á su caballo, se tendía á la sombra de corpulento árbol, orilla de un arroyo, y al murmurio de la corriente se entregaba tranquilamente al sueño. Si esta suave armonía le hacía soñar, si sus sueños eran realidades, si era poeta ó filósofo, iluso ó discursivo, no lo sé. Lo que sí me consta es que vivía sintiéndose vivir; ¿qué más puede apetecerse?

Durante el invierno, cuando la nieve, impulsada por el viento, azotaba sus ventanas, se complacía en escuchar los aullidos del vendabal al engolfarse en su chimenea; tendido sobre su alfombra, seguía con la mirada los espirales del fuego de su hogar, ó las ondulaciones del humo de su pipa. ¿Veía en la llama de su hogar la figura de Pateta? ¿vislumbraba entre el humo de su pipa las alas de los ángeles? Él decía que

sí. Lo positivo es que Iscánder, vivía en un reino in-nominado, y en el reino ese, del que era señor, re-movía celemínes de esmeraldas, perlas y diamantes; robaba mujeres, comparadas con las cuales, las huries verdes, amarillas y azules prometidas por Mahoma á los verdaderos creyentes, no eran sino calmuças ó samoyedas; se arrojaba en medio de peligros imagi-narios; derribaba gnomos, gigantes y magos; se dor-mía entre las visiones de su fantasía, y al despertar por la mañana hacía tal baturrillo con lo ideal y la ma-teria, que no sabía si había vivido ó simplemente so-ñado.

A las veces también llamaba á su núker (1), un lesghiano, y le hacía cantar. El lesghiano le cantaba la libertad de sus hermanos de las montañas, su valor en el combate ó en la caza; y entonces Iscánder, sin-tiendo reventársele su asiático corazón en el pecho, tomaba su puñal y probaba la consistencia de su punta, y luego empuñaba su schasca, y afilando su corte, exclamaba:

—¿Cuándo querrá Alá que yo me bata?

Iscánder no tardó en ver realizado este deseo; Casi-Mollah vino á poner cerco á Derbend: ocasión propicia para que los valientes pudiesen ensayar sus fuerzas.

No la dejó escapar Iscánder-Beg: hacía salidas con los tátaros, subido sobre su hermoso caballo del Ca-rabach, para el cual no existían peñascales ni abis-mos; así es que el joven siempre iba á la cabeza de los combatientes. Alcanzarle, todavía; pero tomarle la delantera, imposible. Iscánder no corría, volaba como el águila, enviando de lejos la muerte, primero con su fusil, y luego echándose éste á la espalda y preci-pitándose sobre el enemigo blandiendo el canjiar y dando gritos salvajes.

(1) Escudero.

Un día, acababan de batirse por el lado de Kuba, y después de haber desalojado de una viña á los con-trarios, los tátaros, á pesar de su triunfo, se despa-rramaron desordenadamente, según la costumbre asiática, con dos cabezas cortadas y colgadas de una bandera tomada al enemigo; las tropas rusas habían ya regresado á la ciudad; pero un joven oficial ruso y algunos tátaros, entre los que se encontraba Iscánder-Beg, se habían quedado al pie de la fuente. Las balas rasas y las de fusil silbaban en torno de ellos; el ofi-cial ruso bebía á pico el agua límpida y clara, cuando al levantar la cabeza vió ante sí á Iscánder de sencillo becmét (1) de raso blanco, con los brazos arréman-gados y teñidos en sangre hasta los codos.

El joven se apoyaba en su fusil, tenía los labios contraídos por el desprecio y humedeciale los ojos una lágrima; en una palabra, estaba sublime de cólera.

—¿Qué tienes, Iscánder? le preguntó el oficial ruso. Paréceme que te has portado como un valiente y que nada debe apesadumbrarte.

—¡Corazones de liebre! murmuró Iscánder. Cuando hay que avanzar andan muy despacio; pero en la re-tirada ni las cabras monteses corren como ellos.

—¡Caramba! repuso el oficial, me parece que el triunfo ha quedado de nuestra parte.

—Si; pero hemos perdido al pobre Ismael.

—¿Ismael? preguntó el joven ruso; ¿no es aquel apuesto mancebo que ha venido á rogarme le diese cartuchos al principio del combate?

—El mismo; de todos los habitantes de Derbend era el único á quien yo quería. ¿Qué corazón de án-gel el suyo! ¡Lo he perdido!

Iscánder, al pronunciar estas palabras se enjugó la única lágrima que temblaba en sus párpados y que parecía no poder decidirse á caer.

(1) Jubón.

—¿Le han cogido prisionero? preguntó el oficial ruso.

—¡Ha muerto! respondió Iscánder. Era más valiente que un hombre, pero imprudente como un niño. Quería coger un racimo de uvas y ha atravesado el espacio que le separaba de las viñas. El infeliz ha perdido la cabeza; yo he visto como se la cortaban los lesghianos, sin que me fuera dable correr en su auxilio, á causa de tener que habérmelas contra diez hombres, de los que he matado tres; no he podido hacer más. En este momento se han retirado. ¡Ah! ¡miserables! mira como están insultando su cuerpo. Vamos á ver, exclamó el joven volviéndose hacia tres ó cuatro tátaros que le estaban escuchando, ¿cuál de vosotros siente todavía amor, fe y ánimo bastantes para venir conmigo y salvar el cuerpo de un compañero?

—Yo iré contigo, dijo el oficial ruso.

—Vamos, dijeron también dos tátaros.

Y los cuatro se arrojaron en medio de los lesghianos, quienes muy ajenos de esperar este súbito ataque y creyendo que á los que se les echaban encima les seguían muchos otros, escaparon á toda priesa, abandonando el cuerpo del niño, al que Iscánder y los suyos recogieron y llevaron á la ciudad.

La madre del desventurado, que estaba aguardando en la puerta de su casa, se arrojó sobre el decapitado cadáver, dando gritos y sollozando de modo que partía el alma.

Iscánder contemplaba con el ceño fruncido á aquella desventurada mujer, y no ya una lágrima temblaba en sus párpados, sino que de éstos manaba abundante llanto que le inundaba el rostro.

La desesperación de una madre ablandaba aquel corazón de león.

—¡Qué desgracia que no seas ruso! dijo el oficial á Iscánder, tendiéndole la mano.

—¡Qué suerte la tuya de que no seas táataro! contestó el joven estrechando la mano á aquél.

Existe un hecho conocido de todos, y es que los bigotes, al par que el signo de la pubertad son la vanguardia del amor.

Iscánder no se había evadido de la ley general; con cada uno de los pelos del bigote, le naciera un deseo en el corazón. Deseos todavía vagos, inexplicables para él, pero semejantes á las ramas del naranjo, que en cada ramo llevan flor y fruto. ¿Por qué los bigotes gustan tanto á las mujeres? Es que, simbolo del amor, han nacido en manantial común y se encrespan al fuego del deseo. ¿Qué solicita aquel joven de húmedos ojos, semblante risueño, labios rosados y bigote naciente, que parece va papando moscas? No honores ni fortuna, sino puramente un beso.

Un bigote virgen, es un puente echado entre dos bocas amorosas; un bigote...

Pero basta de bigotes; nos engolfaríamos demasiado; y luego, ¿á qué teniéndolos nosotros ya entrecanos nos pondríamos á disertar sobre bigotes negros ó rubios?

Por otra parte, sean del color que fueren, los bigotes me desvían de mi historia.

Anúdola, pues, y digo:

En el precedente mes de abril, Iscánder habia, como de costumbre, salido para la caza. El día estaba hermoso, era un verdadero día de primavera: hacía calor sin sol, fresco sin humedad. Iscánder nadaba en medio de un océano de verdor y de flores. Hacía ya algunas horas que iba de caverna en caverna y de montaña en montaña, buscando algo que hallaba á faltar, pero sin saber qué. Por la primera vez el aire le parecía dificultoso de respirar y el corazón le latía sin causa, y, lleno de inquietud, el pecho se le levantaba como el velo de una mujer.

Y á propósito de velos, consignemos un hecho: cuando en otro tiempo Iscánder pasaba por las calles de Derbend, no hubiera dirigido la mirada al de una mujer, aunque ésta hubiese ido descubierta hasta la cintura; mientras desde el día en que pudo retorcer

entre los dedos las guías de su naciente y negro bigote, no vislumbraba, al través de la abertura de un velo, punta de nariz, labios rosados, ojos azules, ó castaños, que á la vez no sintiese hielo y fuego en su pecho. Es obvio que nunca estudiara la anatomía; pero apuesto doble contra sencillo que, pese su ignorancia en la materia, podía en su mente figurarse desde la punta de la babucha hasta el pico del velo á una mujer, no sólo sin error, sino también sin omisión, y esto con sólo ver aparecer un piececito calzado de seda y metido en una babucha de terciopelo por debajo de unos pantalones de canaos guarnecidos de un galón de oro ó de plata.

No diré si esta vez la caza fué abundante, pero sí que el cazador andaba por demás distraído, tanto, que en lugar de buscar los sitios solitarios donde suelen retirarse los faisanes y las perdices, dirigió su caballo hacia dos ó tres *aúls* donde absolutamente nada tenía que hacer.

Pero, como hemos dicho, el día estaba magnífico, y, ya en pie á sus puertas, ó bien sentadas en las azoteas, Iscánder esperaba vislumbrar alguno de esos hermosos animalitos contemporáneos á los que él reconstruía con tanta precisión, cuanta empleaba el sabio Cuvier en reconstruir un mastodonte, un ictiosauro, un pterodáctilo ú otro cualquiera monstruo antediluviano.

Por desgracia, el joven tuvo que atenerse á una especie ya conocida. Las mujeres estaban á sus puertas ó sentadas en las azoteas; pero los musulmanes, que á las veces apartan el velo de éstas, en obsequio á los ghíiaures, no lo hacen nunca en pro de sus paisanos; de lo cual resultó que Iscánder-Beg, no hallando rostro en que fijarse, tuvo que contentarse con los deseos.

El joven se entristeció, exhaló un profundo suspiro, arrojó la brida sobre el cuello de su corcel y dejó que éste le llevase adonde su antojo.

Esto deberían hacer siempre los viajeros y los enamorados que poseen un caballo inteligente.

El caballo de Iscánder conocía un camino delicioso que conducía á la morada de éste, y en dicho camino había un manantial que formaba un estanque rodeado de altos plátanos, donde tenía por costumbre abrevarse.

Dicho camino, pues, fué el que tomó el caballo, sin que Iscánder pasase siquiera mientes en ello. A bien que poco le importaba, avanzando como avanzaba al través de su delirio. A ambos lados del camino se movían toda clase de visiones: eran mujeres cubiertas con sendos velos, es cierto, pero llevábanlos con tanto abandono, que ni uno dejaba de descubrir cosas que debiera haber ocultado.

Prontamente á Iscánder le pareció pasar de la visión á la realidad, y detuvo su caballo.

Orilla de la fuente estaba escondida una joven de quince á diez y seis años, hermosa como él nunca soñara, la cual con agua pura se estaba refrescando el divino rostro, en el que el sol de abril había hecho nacer dos rosas; luego se miró aquélla en el movedizo espejo, sonriendo y placiéndose tanto en verse sonreír, que no se veía sino á ella, ni escuchaba ni oía sino á los pajarillos que gorjeaban encima de su cabeza y parecían decirle: «Contéplate en la fuente, hermosa niña, nunca se ha mirado ni volverá á mirarse en ella una flor tan fresca como tú».

Esto sin duda se lo decían en verso; pero ignorando como ignoro las reglas de la poesía en el lenguaje de los pájaros, mal mi grado debo decirlo en prosa.

Y tenían razón los plumados aduladores; era difícil ver flor más fresca, pura y hermosa que aquella que parecía haber brotado al borde del estanque en que se estaba mirando.

Era una de esas flores que tan á la perfección sabía pintar Granville, de cabellos negros, ojos como estrellas, dientes como perlas, mejillas cual melocotones

intactos, envuelta, no en uno de esos tupidos y mal compuestos velos que ocultan lo que cubren, sino de tejido tan sutil, sedoso y transparente, que parecía tramado con esos hilos que la Virgen deja escapar de su huso al llegar el otoño.

Luego, si la mirada bajaba imprudente en línea recta, se descubrían nuevos hechizos: después de un cuello que parecía haber servido de modelo á la *torre de marfil* de las Escrituras, venían...

Sin duda lo que venía después, y sin embargo lo ocultaba á medias una camisa de maufe blanca de azulados visos y una arcabuca de raso color de cereza, era hermosísimo, ya que el pobre Iscánder no pudo ahogar un grito de admiración.

Apenas se le hubo escapado este grito, cuando Iscánder hubiera querido haber venido mudo á la vida; acababa de arrojarle á sí mismo del paraíso.

La joven, que había oído la voz del mancebo, se volvió, dió también un grito, y echándose sobre su velo transparente otro velo túpido, echó á correr, ó más bien á volar, mientras repetía por dos veces el nombre de Iscánder-Beg.

Éste, mudo demasiado tarde, inmóvil cuando quizá debiera haber corrido, con los brazos tendidos hacia adelante como para detener aquella realidad que al huir volvía á convertirse en visión, permaneció sin aliento, con la mirada fija, semejante á Apolo al ver huir á Dafne.

Pero Apolo hechó pronto á correr tras la hermosa ninfa, mientras Iscánder no dió un paso en tanto pudo ver, al través de las malezas y grande como la mano, parte del blanco velo de la fugitiva.

Mas muy distinta fué la agitación que experimentó el joven cuando la hubo perdido de vista; entonces parecióle que la vida, suspendida por un instante, le invadía de nuevo á oleadas y se precipitaba ruidosa y violentamente en su corazón.

—¡Oh Alá! murmuró, ¿qué van á decir de ella y de

mí si nos han visto?... ¡Qué hermosa es!... Sus padres van á reprenderla... ¡Qué magníficos ojos negros los suyos!... Van á creer que nos hemos dado una cita... ¡Qué labios!... Y sabe como me llamo: por dos veces al huir ha dicho: «¡Iscánder! ¡Iscánder!»

Y el joven se sumergió de nuevo en su desvarío, si tal puede llamarse un estado en que la sangre hierve, en que suenan arpegios de arpas en los oídos, y en mitad del día se ven todas las estrellas del firmamento.

La noche hubiera sorprendido á Iscánder orilla del estanque en cuyas aguas parecía haber dejado caer el corazón, si el caballo, al sentir que la brida, por un instante rígida, se aflojaba suavemente, no hubiese continuado su camino sin aguardar el parecer del jinete.

Cuando Iscánder entró en su casa, estaba enamorado de remate.

Sentimos vivamente no haber hallado en este capítulo ocasión ni sitio de decir por qué Iscánder llevaba ojeriza á Mir Hadji Festahli; pero prometemos contárselo al lector en el siguiente.